

LIBRO V.

LA MARQUESA DE FONTANEILLES.

I.

LA APARICION.

Luego de verificado el regreso á Parisis, se habló de la sucesion de Violeta porque los notarios insistian en ella, para registrarla en hipotecas y porque se queria asegurar el porvenir de Jacinta, que, como ya se sabe, tenia un legado de cien mil francos.

He aquí como se hallaba redactado el testamento:

«Esta es mi última voluntad.

»La señorita Genoveva de la Chastaigneraye me ha dado un millon que tengo un placer en devolvér-selo intacto. La ruego, pues, encarecidamente que vuelva á recobrar la hacienda de la Roche l'Epine y los créditos que la son anexos.

»Me queda la fortuna de mi madre. Lego cien mil francos á la señorita Jacinta, que tomará de lo que

he heredado de la Señora Euvigis Portien, hija de los Pernand-Parisis.

»Firmado en Burgos, á la hora de mi muerte, el 13 de agosto de 1866.

»LUISA-VIOLETA DE PERNAND-PARISIS.»

Un notario de Burgos, habia remitido este testamento al notario de Pernand, diciendo que obedecia la voluntad de la testadora. A ruegos de Octavio, el notario de Pernand habia escrito al de Burgos para que le diese detalles acerca la muerte de la jóven.

Este notario respondió en pocas frases que esta señora le habia entregado por si misma el testamento, que habia pagado sus honorarios, que luego habia tenido noticia de su muerte, que sospechaba que se habia suicidado, y que nada mas habia sabido de ella.

Genoveva quiso dar tambien otros cien mil francos á Jacinta; quiso además que el pequeño castillo de Pernand, que valia otros cien mil francos, fuera suyo.

Y como Jacinta rehusase:

—Lo hago por egoismo, dijo Genoveva: quiero que seais siempre mi vecina.

La idea de poseer dos cientos mil francos, la esperanza de hallar un marido, y en convertirse en castellana, consoló algun tanto á Jacinta de la pérdida de Violeta.

Esto, sin embargo, pensaba en la tristeza que in-

vadiria su corazon al habitar el castillo de Pernand, toda vez que siempre veria errar la sombra de la difunta.

Se impuso por esto á su fantasia el fantasma de Violeta?

Se habia empeñado á la hora de comer en ir á buscar agua en la fuente del parque. Octavio y Genoveva encontraban el agua mejor si Jacinta la traia con sus blancas manos. No se colocaba el cántaro en la cabeza á semejanza de las mujeres de la Biblia; mas empleaba una encantadora gracia trayendo un hermoso jarron de China, que llenaba las dos botellas que servian para el almuerzo y la comida de los dos esposos.

Cierta noche,—habia ya mas de una hora que habia desaparecido el crepúsculo,—Jacinta que conocia perfectamente los senderos del parque, fué á buscar agua.

La de aquella fuente era tan fria que parecia helada. Octavio acostumbraba á mezclarla en el vino de Champagne, y esto le daba el caracter de helado.

En aquella noche, Jacinta dejó caer su jarra y volvió al castillo, blanca como una estatua de mármol.

—Que ocurre? preguntó Genoveva, que cruzaba el salon para ir al comedor.

Jacinta la miraba con ojos que daban miedo.

Llegó Parisis.

—Que ocurre? preguntó á su vez.

—Acabo de ver á Violeta, dijo Jacinta, casi desmayada.

—Estais loca!

—Ignoro si fué una vision; pero lo cierto es que ví á Violeta como os veo á vos: iba á inclinarme en la fuente, y la ví debajo los árboles, vestida de negro. Sobrecogiome el terror y en vez de dirigirme hácia ella hé huido hácia aquí.

No entraron en el comedor. Octavio corrió hácia el vestibulo, y se dirigió hácia el parque.

—Voy con vos, Octavio! exclamó la duquesa.

Genoveva siguió su marido y Jacinta siguió á Genoveva. El jóven las dió el brazo y se encaminó con ellas á la fuente.

En vano recorrieron todo aquel lado del parque.

—Ya veis, mi querida Jacinta, que sois una loca, dijo la duquesa á su amiga.

—Quizá no sea tan loca como parece! murmuró Octavio.

fin y al cabo percibe que solo es un átomo de polvo.

Y luego de un instante de silencio añadió:

—Bien considerado hay allí arriba un sábio, mas sábio que toda la Academia de ciencias.

El señor de Parisis subió á su biblioteca de la que sacó dos volúmenes de Swedenborg, es decir, el primero y el último, pues en todas las cosas, Octavio deseaba conocer el principio y el fin. El jóven que no creía en Dios, creía menos en el diablo; pero, como el regente Felipe de Orleans, este escéptico de buena ley, era supersticioso: de vez en cuando creía que los espíritus invisibles guiaban los hombres y las cosas. No era esto el Dios Todo, el Dios de la cábala, el Dios de Spinosa?

Habia leído ya á Swedenborg: bajó y lo hojeó, hablando al mismo tiempo con el señor Jericó y la duquesa.

Contó la vida del iluminado, para mostrar la historia de su locura ó de su doble vista.

Swedenborg era hijo de un obispo que habia viajado en todas las teologías: así, pues, conforme ya se ha dicho, Swedenborg tenia sangre sagrada en sus venas. Carlos XII, al contemplar su jóven é iluminado rostro, no le dijo: «Jóven, tu serás rey!» pero casi le dijo: «Jóven, tu serás Dios!»

Aquel hermoso rostro se empañó y se ajó sobre la ciencia, como esas flores precoces que se ajan al sol de la primavera, cuando la naturaleza no vierte aun su generoso rocío, cuando los árboles, esos abanicos

II.

DE SWEDENBORG Y DE LOS ESPÍRITUS.

La comida fué intranquila. El brillo de las luces no habia devuelto la alegría al rostro de la señorita Jacinta. Pensaba constantemente en la vision, no hablaba mas que por monosílabos y estaba profundamente distraida.

Cuando se traía el café se anunció al señor Jericó.

—Es demasiado tarde para recibirle, dijo Genoveva á su marido.

—No, que entre, que entre, replicó Parisis. Hablaremos de fantasmas, de aparecidos, de almas en pena: iré á buscar á Swedenborg; es la última palabra en la ciencia de los iluminados: viajaremos en arcanos celestes.

Se hizo entrar al señor Jericó.

—Buenas noches, amigo mio, tomareis café con nosotros. Creéis en la doble vista y en otra existencia?

—A fé mia, constestó el sabio, hay dias que no creo en nada, y hay dias en que creo en todo. Pero no soy mas sábio unos dias que otros. Cuando se ha estudiado por espacio de tres cuartos de siglo, uno al

de las rosas, no las protegen con sus frescas ramas.

Carlos XII dijo á su favorito el conde Polheim: «Tienes dos hijas: darás una de ellas á uno de mis pajes, que será siempre un loco, y darás la otra á Swedenborg, que será siempre un sábio.»

El favorito obedeció: casó la mayor con el paje y firmó un contrato de esponsales con Swedenborg que Carlos XII honró con su firma.

Swedenborg recibió aquel papel como una promesa del cielo, lo metió en su Biblia y encerró su Biblia en un secreter.

Decía: «Mi dicha está aquí guardada.»

Cierta noche, mientras velaba, cogió la Biblia y se le figuró que veía aparecer la hermosa figura de Emerencia.

Era una de esas blancas bellezas del norte que parecen amasadas con nieve y rosa, casi una vision; tanto han adquirido la ligereza y blancura de los ángeles.

Pero bajo aquella aérea envoltura, existe siempre la mujer, una criatura en que el diablo tiene su parte como Dios mismo.

Al ver que aparecía Emerencia como un vago recuerdo de su espíritu, Swedenborg palideció. Se le figuró que lloraba. Abrió la Biblia y vió una miniatura que representaba Magdalena.

—Es extraño, se dijo, Magdalena que nació en el país del sol y Emerencia que nació en el país de la

su ojo espiritual, su ojo interior, permanece abierto.

Algunos historiadores ingleses han tratado de establecer un lazo entre estas dos existencias. Han querido explicar como una cosa providencial el desenvolvimiento de aquella vida mística, la ingertacion de aquellos dos hombres, de los que, segun ellos, el uno es la continuacion del otro. Para qué? Swedenborg no se ha tomado tanta pena. Cuenta sencillamente como pasó de repente —con la mediacion de Emerencia— desde sus antiguos estudios á una revelacion nueva. «He sido llamado, esclama, á realizar una santa y grande mision por Dios mismo que quiso manifestarse á mí, su servidor, en el año de 1843. Abrió mis ojos al mundo espiritual: me concedió el privilegio de conversar con los espíritus y los ángeles. Desde aquel dia empecé á revelar muchos arcanos celestes que fueron vistos por mí, referentes al cielo y al infierno, al estado del hombre despues de su muerte, al verdadero culto que se debe rendir á Dios, al sentido espiritual del mundo y muchas otras cosas importantes que son capaces de guiar el hombre á la redencion y á la verdadera sabiduría.»

En el prefacio de su libro sobre los arcanos celestes, *Arcana celestia*, se espresa de igual modo acerca la causa y la naturaleza del cambio verificado en sus ideas.

«La bondad de Dios, dice, me ha concedido desde muchos años el favor de vivir constantemente en sociedad con los espíritus y los ángeles. Les oigo con-

versar el uno con el otro, y yo á mi vez, converso con ellos. Con esto he podido saber las cosas extraordinarias que pasan en la otra vida. Estas cosas no han llegado á conocimiento de ningun hombre y jamás han entrado en su fantasía. Se me ha indicado el estado de las almas despues de la muerte: he visto lo que era el infierno y lo que era el cielo. Hé ahí porque he espuesto la doctrina que se ha reconocido como verdadera á través de los mundos y á través de los cielos que se superponen á los cielos.»

La vida meditativa de Swedenborg le habia perfectamente dispuesto para entrar en el mundo sobrenatural; pero el ser admitido entre los coros celestiales adquirió el carácter de un acontecimiento imprevisto. Emerencia fué su punto de partida.

Aprende el hebreo con objeto de leer bien la Biblia. Lo que vé le parece tan nuevo y tan extraño que redacta el diario espiritual de su vida. No conozco nada tan curioso como estas memorias de un iluminado. Veinte años de su vida son contados allí dia por dia con sus tentaciones y los diferentes estados de su espíritu. Leeis traducidas en el lenguaje humano sus conversaciones con los ángeles y los demonios. Encontrais allí una relacion de sus placeres, de sus castigos, de sus costumbres; entrais en comunion con sus pensamientos. Swedenborg no tan solo celebra entrevistas con los espíritus sino que sostiene relaciones con muchos hombres de la antigüedad ó de los tiempos modernos. Adquiere respecto de ellos multi-

tud de noticias que hacen rectificar sus juicios: la muerte ilumina la vida. Su mano arranca á algunos de esos muertos ilustres la máscara de la virtud que les oculta á los ojos de la historia. A otros les quita el manto de infamia que las preocupaciones, una falsa apariencia ó las miras interesadas de un partido triunfantes echaron sobre sus hombros. Todas estas singulares visiones dan carácter de realidad al dogma de la inmortalidad del alma. La vida futura, la vida despues de la muerte, como él la llama, se halla hasta cierto punto retratada en estas páginas estrañas con todos los austeros colores de una cosa singular que brota ante los ojos del artista. No es un sueño, no es una vision oscura, no es una idea vaga: todo esto se impone á vosotros con la autoridad de un hecho material. El autor no os dice—Yo creo!— sino que os dice: —Yo he visto!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

III.

EN QUE EL SEÑOR JERICÓ HABLA DE VIOLETA.

A la duquesa le interesó mucho la milagrosa historia de Swedenborg.

—Pero todo esto, observó, no dice porque Jacinta vió aparecer á Violeta en la fuente.

—Pobre Violeta! dijo el señor Jericó suspirando.

—La conocíais? preguntó Octavio.

—Si la conocia! Vaya una pregunta! No se me llamó para que declarase en el proceso; mas yo hubiese podido hablar mucho. Si la conocia! La conocia tanto que la ví nacer.

Todos miraron al señor Jericó sorprendidos.

—Entonces conocíais tambien á la señora Portien?

—Sí; la llamaban la hermosa Eduvigis; no porque fuese bella sino porque era coqueta. No pongais su retrato en la galería de vuestros abuelos. No os dije que he conocido siempre á todos los Parisis? Hasta cuando vivia en Paris mismo, yo pasaba el verano en esta aldea. Oh! hace veinte años la hermosa Eduvigis metia gran ruido. Su padre, el señor de Pernand,

se volvía loco como ella. Todos los días estrenaba trajes: era el anzuelo de todos los pisaverdes de la comarca.

Octavio se acercó al señor Jericó:

—Ya que lo sabeis todo, dijo, podríais decirnos quien fué el padre de Violeta?

—No pondré mis manos al fuego; pero tengo para mí que fué un jóven teniente de spahis, el conde de Arcé, que habia venido á Tonnerre, á casa de una tia que debia heredar. Cómo se encontraron? Lo ignoro; mas puedo asegurar que se encontraron, pues un día les sorprendí en el bosque de Pernand. Yo me habia tendido silenciosamente en el suelo para estudiar los amores de las plantas y aquel día tuve que estudiar los amores del hombre. Cuanto se amaban! Ah! como se amaban! A la primavera siguiente, cuando fuí á Paris, se dió á luz á Violeta. Una buena jóven de Pernand firmó la obra. El Sr. Portien llegó en seguida: no era hombre que quisiese poblar su casa de hijos editados por otros. Fuera de esto era un verdadero ganapan. En Paris conocí á la buena Luisa Marty; se veía tan dichosa con aquella niña, que jamás fué á Pernand para decir á su madre: «Aquí teneis á vuestra hija,» ni para decir á la niña: «Aquí tienes á tu madre.» Yo perdí de vista á esta mujer, porque ya sabeis que en Paris todo se pierde. Hasta el día del proceso no recordé esta historia. Fuí á la audiencia: ví á Violeta que me pareció un ángel de dulzura. Como el juez no vió desde luego que con semejante

rostro no se envenenan rosas para ofrecerlas á una rival!

—Teneis razon, observó Genoveva.

El señor Jericó, que no se impresionaba fácilmente, se hallaba conmovido.

—Hoy, prosiguió, la madre y la hija han muerto: si Dios ha perdonado á la madre, habrá sido porque la hija era un ángel.

—Estoy cierta, exclamó Jacinta, que Violeta se me ha aparecido esta noche. Me parece que aun la veo como os estoy viendo á vos, esbelta é inclinada con la gracia de una rosa. Cuanto siento no haberme dirigido hácia ella!

—La vision se hubiera desvanecido observó el sábio.

—Pero en fin, señor Jericó: creéis en las visiones, en las sombras, en los fantasmas, en los aparecidos?

El señor Jericó, que hojeaba á Swedenborg, no respondió.

Se tomó agua de azahar y se siguió evocando el espíritu de las ciencias ocultas.

Genoveva no era marisabidilla; mas impresionada por la aparicion de Violeta, deseaba penetrar en las tinieblas.

IV.

TINIEBLAS SOBRE TINIEBLAS.

Los talentos medianos se burlan fácilmente de todo lo que se encuentra algo mas allá de su alcance. Esta es una buena política: parece que miran desde lo alto, siendo así que no ven sino lo que está muy bajo. Hé aquí porque los hombres de génio se encontrarán siempre solos en las cimas escarpadas y en los bordes de los abismos. Hé aquí porque sentirán siempre el vértigo ante la grandeza de lo infinito. Desgraciado el hombre que está solo! Hé aquí porque el espíritu del cuerpo no comprenderá jamás el espíritu del alma. Hé aquí porque los valientes navegantes del mundo visible hácia el mundo invisible se estrellarán siempre en los naufragios de la filosofia.

Ningun pensador ilustre ha negado la accion de los espíritus invisibles. Salomon tenia sus «génios luminosos». La Biblia es el teatro de los visionarios. El Oriente es el teatro de los fantasmas. Sócrates tenia su demonio familiar. Platon tenia sus presciencias. En todos los filósofos de la antigüedad se ven errar imágenes de Dios en la tierra.